

En sus 95 años.

Daniel de la Vega: genio y figura...

Poeta, autor teatral, novelista, cuentista, crítico. Si en las letras alcanzó cuantía, premios, admiración y renombre, en periodismo llegó a ser el columnista más leído, como sólo fue Joaquín Edwards Bello.

En 1918, la revista *Zig Zag* realizó una encuesta para saber quién era el más popular de los poetas chilenos. La respuesta fue unánime: Daniel de la Vega Uribe. La gente recitaba sus versos, llenos de luz, entonados en lirismo espacial, sonoro, tierno y a la vez profundo. Treinta o cuarenta años después, el mismo semanario intentó averiguar cuál era el redactor más buscado. Hubo votación pública. De nuevo, las preferencias fueron para el diario autor de la columna "Hoy" en "Las Últimas Noticias". El mismo que lograra el éxito mayor conocido en el país en una obra teatral, "El bordado inconcluso", escrita a los 21 años de edad.

A los 19 había deslumbrado a la crítica con su poesía, en "Al calor del terruño".

Todo eso se daba en un escritor y periodista alejado del bullicio, enfermo de modestia. Jamás reclamaba sitio ni galardones. El Premio Nacional de Literatura llegó tarde a su vera, en 1953, a los 61 años, a pesar de que tenía más de cuarenta libros publicados, los que el público arrebató en medio del aplauso unánime. La noticia lo sorprendió en Madrid. Cuando supo que desde Chile lo llamaban, telefónicamente, mientras recibía centenares de telegramas, sin abrirlos, creyó que había ocurrido alguna desgracia familiar. Ausente y lejano como era, no pensó en el triunfo. Ha contado que al ser requerido por un periodista español para un reportaje, puso en su mesa una colina de correspondencias gozosas, con sellos y timbres diversos. Le dijo, escondiendo un poco la emoción: "Este es el premio".

Había sido coronado con otras recompensas. En las noches de estreno supo de los vítores enfervorizados de un público culto y sensible, pero iba a ser distinguido todavía más. Al Premio Nacional de Literatura siguió el de Arte, mención Teatro y también fue a buscarlo, sin necesidad de que lo reclamara, el de Periodismo, en 1962, cuando frisaba los 70 años. Es el único caso, en la historia esos galardones, de alguien que lo haya obtenido tres veces.

Nació en Quilpué —en "la monótona vida provincial", del prólogo en "El bordado inconcluso"— el 30 de junio de 1892, o sea, hace 95 años. Cursó sus primeros estudios en Valparaíso. Pronto la sed de escribir lo llevó a la capital, donde ingresó al periodismo impelido, al morir su padre, a ganarse la vida. En las páginas de "El Mercurio" y de "Las Últimas Noticias" —diario de toda su vida— y en la mesa de redacción de la prensa nacional, encontró el surco fértil para sembrar ideas.

Hernán Díaz Arrieta, Alone, dibujó esta silueta suya en un "Panorama de la Literatura Chilena durante el Siglo Veinte" (1931): "Bajo la sombra del chambergó flotante, sobre su corbata bohemia, una cara pálida, soñadora y unos ojos celestes de ángel extenuado, prestan a Daniel de la Vega la estampa de un poeta romántico que no está bien de salud".

Poseía, sin embargo, ese vigor que nace del espíritu y que lo llevó —así como en 1913 ya tenía novela propia, "La Luna

enemiga"—, a derramar talento e inspiración.

Ahora que doña Catalina de los Ríos y Lisperguer, ronda en las pantallas de los televisores del país una vez a la semana, pocos conocen sus poemas dramáticos "La Quintrala" que, en 1936 y años siguientes, recitaba a media voz todo Santiago y una parte de la gente del país. ¿Alguien recuerda aquella invocación, aunque sea fragmentada?: "Enciende pronto, Simona, ese fuego que tú sabes, / haz el muñeco de cera, clávale siete alfileres; / tortúrale, seca, quema la médula de sus huesos, / Simona, que él no me quiere... / Clávale hasta lo más hondo el corazón que no es mío; / clávale la frente ingrata. ¡No me importa si se muere! / Clávale la boca helada que no me ha besado nunca, / Simona, que él no me quiere... / Capitán Enrique Henríquez, del Batallón de Cañones, / del Hábito de San Juan, guerrero del Rey de España, / no resonará tu espada por ningún otro camino, / ni a ninguna linda moza le has de contar otra hazaña...".

La tentación de antologarlo es inmensa; el espacio, tirano. Intentemos, sin embargo, reproducir una vieja crónica que tendría sabor actual, tomada de su pluma: "La alegría y la fraternidad de la juventud de entonces, y la adhesión de todos a la Fiesta de los Estudiantes, fueron posibles porque aún no se había desbordado las pasiones políticas. La izquierda y la derecha aún no había dividido el mundo en dos fuerzas irreconciliables. Todavía había mucha gente neutral, mucho hombre que sólo se interesaba por su trabajo, o por su deporte, o por su fiesta. Además la vida era más fácil entonces. No se luchaba por el dinero con tanta ferocidad como ahora, y se podía vivir en forma más despreocupada y juvenil. El joven no era colérico".

Mientras en una nota volandera advertía, irónico, a un autor bisono, "Yo escribiría sobre su libro, si no tuviera que leerlo...", en otra alzaba los espíritus con su estilo desprovisto de adornos, pero ornado con la gracia, la sabiduría y una cultura honda que provenía de esas lecturas, alumbrada con el paso de sus musas y, también, de las mozas.

"Caín, Abel y una mujer" (1933) es su novela más lograda y en el cuento tocan "La muchedumbre de ahora es triste" (1935) y "El amor eterno dura tres meses" (1938). La realidad y la desesperanza juegan, se encienden al rojo y luego eclipsan, para asomarse a un teatro vital, con mensajes imperceptibles y un llamado a creer y esperar, aunque la vida sea negra.

Estuve releendo "Confesiones imperdonables" (1963) y me sentí empujado por un soplo de aventura e imaginación, no exentos de filosofía amarga, pero que deja, asimismo, un resquicio para la gloriosa Aurora. Y después de aquellas páginas, reeditadas tantas veces, recorrí con fervor, "La despedida", prosa miscelánea impresa póstumamente, en 1982, once años después de su muerte, acaecida en 1971, también en Julio, el día 29.

Habría que redescubrir esta pluma tan mágica y sensible, para que se le sintiese, de nuevo, como la muchacha de su Romance a Manuel Rodríguez: "pero está vivo y guerreando allá en esos ojos claros..."

Oscar Guzmán Silva